

Juan Trejo

# LA BARRERA DEL SONIDO

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

## Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Cita	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
Agradecimientos	
Créditos	

## Sinopsis

El narrador de esta novela, un personaje sospechosamente parecido al autor, necesita bucear, como si de un paciente arqueólogo se tratara, en los hechos más significativos de su pasado, tras un episodio crítico y decisivo que le marcará para el resto de su vida; un cambio de panorama vital que le llega en su etapa de madurez, y que le obliga a replantearse todas las certezas abrigadas hasta ahora: su pasión por algunos de los escritores más representativos de la literatura del siglo XX, la necesidad de escribir para entender lo vivido, esa curiosa obsesión que le persigue desde niño por viajar o la importancia de los vínculos personales. *La barrera del sonido* es un fresco de la vida de un escritor con el paisaje de fondo de un país a lo largo de cuarenta años.

# LA BARRERA DEL SONIDO

Juan Trejo

*A Montse, siempre*

El recuerdo no debe avanzar como si fuera un relato (mucho menos como una información sobre algo), sino de un modo épico, rapsódico, en el más estricto sentido de estos términos, intentando remover nuevos lugares, ahondando siempre cada vez más. Por mucho que puedan extenderse, los recuerdos no representan siempre una autobiografía. Y este escrito, desde luego, no lo es.

WALTER BENJAMIN

La parte inventada [...] no es, nunca, la parte mentirosa, sino lo que realmente convierte algo que apenas sucedió en algo como debió haber sucedido. Algo [...] mucho más auténtico y valioso y puro que la simple y vulgar y a menudo tan poco ocurrente y desprolija verdad.

RODRIGO FRESÁN

*And if you have five seconds to spare / Then I'll tell you the story of my life.*

THE SMITHS

## 1

Cuando vuelvo al barrio de Vallcarca para visitar a mi madre, que todavía vive allí, sufro un extraño desacoplamiento: siento que me desplazo en el tiempo, no en el espacio.

Camino por las calles del que fue mi barrio sin alzar la vista. No observo el paisaje, las fachadas, los escaparates. Presto atención únicamente a quien tengo al lado, que suelen ser mi mujer o mis hijos. Intento evitar los encuentros fortuitos, porque cruzarme con antiguos conocidos, sobre todo si se trata de la versión adulta de algún amigo de la infancia, jamás me resulta agradable o reconfortante.

De Vallcarca no me fui, me exilié. Me exilié como el que se ve obligado a abandonar su tierra a la espera de que pasen los malos tiempos y se restablezca el orden. Pero el orden jamás se restableció. Entre otras razones, porque ese orden era el orden de la infancia.

En aquel entonces, a finales de los años setenta, mi barrio, para mí, no tenía nombre, no se llamaba Vallcarca. Vallcarca era el puente que cruzaba por encima de la avenida del Hospital Militar conectando República Argentina con la plaza Mons. Tampoco sabía entonces que las calles que conformaban mi territorio pertenecían al distrito de Gracia; eso lo supe mucho más tarde. Para mí Gracia era otra cosa. A duras penas entendía siquiera que aquellas calles que delimitaban mi infancia formasen parte de Barcelona. De hecho, yo creía que mi barrio no pertenecía a ningún lugar, simplemente estaba ahí, con un trazado físico, como si su único cometido fuese dar un contexto a mi experiencia vital. Yo no tenía conciencia de que aquellas calles perteneciesen a un cuerpo mayor. La



ciudad era casi una entelequia para mí, una palabra que definía o englobaba una experiencia que no era la mía. Porque a la ciudad se iba, se desplazaba uno a ella. Porque la ciudad era el centro, era la plaza de Cataluña, era el paseo de Gracia, con la Diagonal a modo de frontera. Lugares lejanos, en cualquier caso, distantes y ajenos a la realidad de lo que ocurría en el barrio.

El barrio en el que yo me movía lo conformaban unas pocas calles. A pesar de su exiguo trazado, esa primera delimitación tenía ya vocación transgresora, porque el territorio que entendía como propio se extendía hacia un tramo de San Gervasio y otro de Penitentes. A fin de cuentas, el barrio estaba constituido por las calles que recorría con frecuencia o las calles en las que había incursionado con la voluntad de hacerlas mías.

Los niños de aquel barrio teníamos la suerte de poder jugar en la calle, era la manera de apropiarnos del espacio público entonces. Jugar al fútbol o a cualquier otra cosa era nuestro método de colonización, de crear asentamientos donde sentirnos en casa. Más allá de las calles en las que uno jugaba, o donde vivía algún amigo al que había que ir a buscar, se extendía tierra incógnita.

Era muy fácil sentirse extranjero fuera de los sutiles límites del barrio. En parte por la esencia fronteriza de las calles que lo constituían, encasquetadas como una cuña entre San Gervasio y Penitentes, con el puente de Vallcarca a modo de puerta de Tannhäuser y Collserola como horizonte último hacia el oeste. Porque aquellas pocas calles se encontraban en uno de los puntos de transición entre lo que podríamos denominar el fenómeno urbano (calles, plazas, avenidas) y la naturaleza: la ladera de la montaña que ascendía hasta el parque de atracciones del Tibidabo. Llegados al Campo del Águila, al otro lado de la estrecha y transitada avenida del Valle de Hebrón, pasabas del asfalto a los caminos de tierra casi sin darte

cuenta. De hecho, esos caminos de tierra se resistían en algunas ocasiones a mantenerse en un discreto segundo plano y se abrían paso en las zonas urbanizadas, como ocurría con lo que hoy en día es la calle Esteve Terrades, que durante decenios tuvo el aspecto y la función de una pedregosa riera que desembocaba en la avenida del Hospital Militar, justo bajo el puente de Vallcarca.

Por otro lado, era relativamente fácil sentirse extranjero fuera del barrio porque la mayoría de los niños procedíamos de familias inmigrantes. Todos habíamos nacido en Barcelona, pero seguíamos cargando sobre nuestros hombros con el extraño peso de sentirse recién llegado. Y conformábamos una muestra bastante representativa de la variedad territorial española: éramos hijos de padres provenientes de Extremadura, Aragón, Alicante, Galicia, Murcia, Andalucía e incluso Canarias; entre los que yo recuerdo.

Siempre me pregunté por qué mi padre, que llegó a Barcelona en 1962 a modo de avanzadilla sin mi madre ni mis tres hermanos mayores, había escogido ese barrio, más bien elegante a pesar de su decadencia, con cierta solera y raigambre, para establecerse. Nunca llegué a saberlo. Nunca se lo pregunté. Pero los fines de semana, cuando íbamos a visitar a familiares o amigos de mis padres a edificios colmena en lugares como la Meridiana o el barrio del Congreso o Santa Coloma, daba las gracias en silencio por su elección. Sospecho que ya entonces empezaba a estar enfermo, como supongo que lo estaba secretamente mi padre, de esteticismo.

Me gustaba mucho la calle en la que vivíamos: Gomis. Tenía un aire entre modesto y señorial. En aquel tiempo todavía abundaban allí, sobre todo en la acera norte, con los patios y los jardines enfocados a la riera, las villas y casas de veraneo; esa había sido la función del barrio un siglo antes. Eran construcciones hermosas, en algunos casos parecían castillos de juguete, con fachadas decoradas, balcones de hierro forjado e

incluso terrazas almenadas. Todas aquellas casas habían sido abandonadas tiempo atrás y quedaron sometidas al corrosivo deterioro del tiempo. Estaban vacías por completo, muy maltruchas, tomadas por las malas hierbas, la suciedad, las ratas y los yonquis, que a pesar de la supuesta elegancia del barrio parecían ser los auténticos amos de esas ruinas. Después de todo, eran los años setenta.

Los niños del barrio nos colábamos en aquellas casas muy fácilmente, sin que nadie nos llamase la atención, pues apenas tenían medidas de seguridad que impidiesen el paso. Buscábamos aventuras a plena luz del día, restos y marcas de las actividades que habían tenido lugar allí a horas mucho más intempestivas: toscos grafitis con mensajes obscenos o políticos, revistas pornográficas con las páginas pegadas, botellas rotas, jeringuillas, condones. Todo entre cascotes y polvo. Recuerdo particularmente de aquellas incursiones el eco vibrante de las escalinatas interiores y la fantasmagórica sensación de estar ocupando el espacio que en otro tiempo habían ocupado personas desconocidas, seguramente muertas desde hacía años. Ya entonces tenía la costumbre de preguntarme sobre las vidas ajenas, y aquel entorno me llevaba a imaginar existencias lujosas, sofisticadas, plagadas de idas y venidas, de fiestas, bailes y cócteles mundanos.

Pero había mucha más decadencia y dejadez a nuestro alrededor. Estaba en todas partes. En el Hospital Militar, por ejemplo, con su presencia pétrea y triste, medio desatendido ya a esas alturas, obsoleto y mastodóntico, dándole nombre a una avenida. O en el vivero de la Kanda, rodeado por un muro de ladrillos roto por veinte o treinta puntos, justo debajo del Hospital Militar, al lado de la Clínica Delfos, con todas aquellas plantas al aire libre, con la balsa de piedra que recogía el agua que llegaba de la montaña. O el abandonado Manantial La Nina, antigua fábrica de sifones, debajo del puente de Vallcarca. Y no solo en el barrio: Barcelona al completo

transmitía decadencia, parecía estar atrapada en el tiempo, perdida para siempre. Una ciudad insignificante, con un pasado tal vez pintoresco pero alejada ahora de cualquier lugar del mundo en el que sucediese algo interesante.

Fue debido a esa sensación de fracaso y resignación, precisamente, como Barcelona dejó de ser una entelequia para mí. Empecé a apropiarme de la ciudad a través de su decadencia, su grisura y su tristeza.

Pero eso llegaría más tarde, después de mi viaje a Nueva York, cuando ya tenía claro que quería ser escritor y decidí reubicar mis preferencias estéticas. Siendo niño, a finales de los setenta, no sentía ningún tipo de fascinación por la decadencia o el deterioro. A mí me gustaba mi barrio, y mi calle en particular, por el sentido de aventura, porque podía jugar en un entorno que sentía como propio, en el que estaba seguro. Yo no quería decadencia ni dejadez a mi alrededor, yo quería modernidad. Quería sofisticación. Tener cerca aquello que veía en las series de televisión norteamericanas como *Las calles de San Francisco* o *Los ángeles de Charlie*.

La televisión y el cine eran mi puerta al mundo exterior, a todo lo que se extendía más allá del territorio conocido, la única fuente de conocimiento autorizada que yo estaba en disposición de aceptar. Porque incluso siendo niño desconfiaba de la información o de las valoraciones que aportaba mi padre durante las sobremesas, un hombre anclado en el pasado, incapaz de hacer partícipe a nadie de sus vivencias y dado a una nostálgica amargura que casaba muy mal con mis ansias infantiles. Los libros, por otra parte, todavía tardarían un tiempo en adquirir relevancia en mi vida. Los libros exigían esfuerzo, horas de concentración e inmovilidad, y había demasiado que ver y que hacer en la calle para quedarse sentado en el sillón de casa leyendo, por prometedoras que fuesen las contraportadas de las novelas de Los Cinco o Los Hollister.

No puedo decir, sin embargo, que en mi infancia no hubiese libros. Más allá de los ejemplares de Jack London o Emilio Salgari que me obligaban a leer en las horas de biblioteca en el colegio, y que aun así disfrutaba, tenía en casa varios tomos de novelas ilustradas que me resultaban ideales para los domingos por la tarde, entre las que recuerdo especialmente *Kerabán el testarudo*, de mi adorado Jules Verne.

Y había un libro más, un libro especial que nos había regalado una caja de ahorros por no sé qué motivo, un libro que me marcó profundamente: *Maravillas del mundo*, del que hablaré en alguna ocasión.

En cualquier caso, yo quería que el barrio cambiase, que la ciudad evolucionase, que entrase en la modernidad, en el futuro. Quería que todos entrásemos en el futuro y dejásemos atrás el gris pasado reciente. Pero al mirar a mi alrededor no encontraba motivo alguno para la esperanza. Tanto mi barrio, como mi ciudad, como mi propia familia parecían desarrollarse de espaldas al futuro, ajenos al cosmopolitismo que a mí me parecía la solución a todos los males.

Y en casa las cosas fueron a peor cuando murió mi hermana.

La mayor de mis hermanas siempre había sido un elemento incómodo y disonante en la familia. Se fue de casa con solo dieciséis años, justo después de la muerte de Franco, incapaz de adaptarse a la que se suponía que tenía que ser su vida. Mis padres no fueron capaces de asimilar su marcha, como no habían sido capaces de tratarla adecuadamente en su día a día. Tampoco pudieron gestionar su posterior problema con las adicciones. Pero ¿quién podría haberles culpado de ello en aquel tiempo? Una vez fuera de casa, la mayor de mis hermanas vivió en La Floresta, en mitad de la montaña, a media hora de Barcelona, en Génova y después en Valencia. Iba dando noticias de vez en cuando, noticias sin duda adulteradas por la buena voluntad y el afán de mantener en secreto su

privacidad. Y un día, con solo veintiún años, entró por su propio pie en urgencias del Hospital General de Valencia y ya no volvió a salir. Mis padres hablaron de perforación de estómago. No dudé de ello en su momento; ¿cómo iba a hacerlo? Ahora sé que se debió a otra cosa. Mi otra hermana me contó, muchos años después, que se había ahogado con su propio vómito mientras esperaba en una camilla. Un problema frecuente, al parecer, entre los consumidores de opiáceos.

Yo tenía nueve años.

Durante un tiempo pensé que su muerte no me había afectado. Supongo que no supe encontrar espacio alguno en el seno de mi familia en el que ubicar mi confusión, pues cada miembro se dedicó a librar la guerra por su cuenta. Además, ya he dicho que mi hermana mayor había sido considerada siempre un problema inmanejable, una distorsión radical en la familia, por eso cuando murió yo pensé que, a pesar de la tristeza, tal vez el problema quedaría resuelto. Poco después, debido a la culpa provocada por semejante razonamiento, empecé a tener pesadillas en las que mi hermana, a la que apenas había tratado, venía desde el otro mundo para atormentarme. Finalmente, y debido en buena medida al clima de tremendo oscurantismo que se implantó en casa (mis padres tampoco supieron cómo afrontar la muerte de mi hermana), empecé a fantasear con la idea del fin del mundo. En ese sentido, la situación política internacional vino a echarme una mano.

Empezaban los años ochenta. Reagan había llegado al poder en Estados Unidos y estaba dispuesto a reactivar los peores miedos de la Guerra Fría. A su gabinete presidencial le dio por afirmar, después de lustros en los que la teoría MAD (Destrucción Mutua Garantizada) había marcado la pauta, que existía una posibilidad de ganar la guerra. Reagan aparecía cada dos por tres en el Telediario diciendo que posiblemente seríamos la generación que conocería el Armagedón. En el ci-

ne estrenaban *Juegos de guerra*, que contaba la historia de un jovencito que ponía en jaque la estabilidad mundial al acceder al ordenador central del ejército estadounidense para proponerle una partida de Guerra Termonuclear Global. O en la televisión programaban *El día después*, un tétrico telefilme en el que se recreaban con pelos y señales las consecuencias de una guerra que, con el paso de los años, parecía inevitable.

¿Cómo no obsesionarse con algo así? Era un proceso lógico. El mundo al completo vivía lo mismo que experimentaba yo en casa: tensión, miedo, ansiedad, estancamiento irresoluble y el final de todo como horizonte de expectativas. Pero incluso a eso puede acostumbrarse uno. El mundo seguía rotando. París, Londres, Nueva York seguían ahí. Vibrantes y atractivas. A lo mejor la solución era irse, salir de allí. Viajar.

Hasta entonces solo había salido de Barcelona para ir al pueblo de mi madre, en Extremadura, y para ir a Andorra, país extranjero al que yo me aferraba como un clavo ardiendo como primer paso de mi futuro cosmopolitismo; el segundo paso, de momento, me resultaba inimaginable. Íbamos a Andorra porque a mi padre le gustaba comprar cosas baratas, librarse de algunos impuestos menores y así sentir que al menos en un aspecto de su vida se salía con la suya. En Andorra comprábamos whisky que mi padre no bebía, tabaco que nadie fumaba y mantequilla con la que mi madre no cocinaba. Pero para mí tenía sentido porque cruzábamos la frontera y podíamos fingir durante un rato, a pesar de nuestro nimio cargamento, que éramos los protagonistas de una exótica aventura que consistía en burlar a los agentes de aduanas.

Esos viajes en coche por carreteras mal asfaltadas consiguieron que aumentase de manera exponencial mi deseo de ver mundo, algo que, a esas alturas de mi vida, se asemejaba mucho a desear viajar por una galaxia muy lejana junto a Han Solo en su Halcón Milenario.